

ARTÍCULOS Y COMENTARIOS

SEMBLANZA

Miguel Costa y Llobera

III Y ÚLTIMO

En 1899 encontramos de nuevo a Miguel Costa en su casa paterna de Pollensa, entregado al ejercicio de su ministerio. No desaira invitación alguna para subir al púlpito, aunque sea en el más humilde villorrio. A los dos años lleva predicados ciento siete sermones. Al principio los escribe; después, salvo en solemnidades especiales, improvisa la forma. Le preocupa la incertidumbre de la misión a que le tocará consagrarse cuando el deber no le retenga al lado de su anciano padre. Siente, a veces, la nostalgia de la celda, pensando que tal vez hubiera convenido a sus piadosas aspiraciones, no volver a su país y afirmar su destino en alguna orden religiosa. Le entristece la obligada reserva, porque nadie comparte sus ideas y puntos de vista, sobre todo en lo tocante a las relaciones de Cataluña y Mallorca. Juntamente con su amigo el presbítero don Mateo Rotger, dedica su celo y sus limosnas a restaurar la iglesia de Montesión, ruinoso y abandonado, y pinta, con este objeto, alguna tela.

En su recogimiento se inicia un período de fecunda actividad literaria. Cediendo a las instancias de sus amigos, concurre a los Juegos Florales, después de largos años de abstención; en 1902 obtiene el título de *Mestre en gay saber*, y con este motivo se le dedica un homenaje, donde Mateo Obrador, designado para llevar la voz de los organizadores, resume su ferviente salutación: *Tu Marcellus eris*.

En tres años sucesivos, 1906, 1907 y 1908, preside los Juegos Florales de Barcelona, Palma y Gerona.

He citado cuatro de sus libros. Hablemos ahora brevemente de las *Horacianas*, publicadas en 1903. Obtuvieron un triunfo extraordinario. Esta vez, a los elogios de la crítica (que es con frecuencia soliloquio sin eco), respondió el favor del público, agotando en poco tiempo repetidas ediciones; y el Ateneo Barcelonés solemnizó en una velada el acontecimiento. El caso no era para menos. Domar las asperezas de nuestra lengua y hacerla casi tan dúctil y adaptable a los moldes horacianos como la lengua de Carducci, sin que el esfuerzo académico apague la radiante lozanía de las concepciones, era una victoria memorable. No se propuso Costa sustituir las formas usuales con metros que, adaptados por costumbre, constituirían una afectación sistemática, sino «ejercitar el idioma, en la palestra clásica, al juego de las antiguas estrofas». Parecióle que con tal gimnasia puede cobrar agilidad y vigor; como lo adquirían los jóvenes de Grecia, ejercitándose dócilmente contra las dificultades y preparándose así a ganar las coronas y palmas de las fiestas olímpicas. Prescindamos del *dimetro* y del *trimetro yámbico*, de las estrofas alcaicas y de los finales esdrújulos, no siempre logrados sin violencia. Aún así, la armonía, las imágenes, la idealidad etérea, la frescura de matices, el vigor de pensamiento, demostrarían que aquí está el profesor de poética, pero también está el poeta. Parece que al oírle, al desfilarse ante nuestros ojos las visiones evocadas, viajamos en el rayo luminoso de que hablaba el autor de las *Odas bárbaras*:

Tu parli, e, de la voce a la molle aura
lenta cedendo, si abbandona l'anima
del tuo parlar su l'onde carezzevoli
e a strane plaghe naviga.

Naviga in un tepor di sole occiduo
ridente a le cerulee solitudini.
Fra cielo e mar candidi augelli volano,
isole verdi passano.

Escrito está de puño y letra de Menéndez y Pelayo: «De poco servirían las innovaciones métricas, por mucha sultura técnica que manifesten, si a la agilidad y maestría de la ejecución no acompañase un contenido esencialmente poético, una onda de efectos cordiales y de grandes ideas, que aquí, como siempre, corre por los versos de usted, dignos de contarse entre los mejores que hoy se escriben en España. El casto y reposado sentimiento de la belleza antigua, la diáfana visión de la naturaleza, la noble y altiva dignidad del pensamiento, dan suma distinción y sabor exquisito a estas poesías (las *Horacianas*), verdaderamente clásicas en fondo y forma.»

En la segunda edición de *Poesías*, copiosamente aumentada, el afecto paternal acoge sin avaricia una familia numerosa. Algunas de las nuevas, como *Torrent de Pareis*, *Adorant*, *Processó*, *Costa brava de Mallorca*, *Cala gentil*, *Vagant pel bosch*, *Als Pirineus catalans*, revelan que el autor, aunque con las intermitencias inseparables de la condición humana, no ha decaído como poeta y acaso ha ganado como artista. Y si alguna vez desciende un poco para corresponder modestamente a piadosos encargos, o la amistad o la cortesía ponen la pluma en su mano, o el amor a Mallorca le sugiere páginas descriptivas, a manera de ilustraciones de álbum al servicio de los excursionistas, todavía prodiga filigranas que para sí quisieran muchos presumidos porta-liras. Alguna nota disuena, como sue-

le ocurrir a los poetas de raza, porque en ellos la luz de la auto-crítica no suple la llama de la inspiración, en los momentos de frialdad. Por eso a menudo nos contrarian las variantes que introduce en sus versos al someterlos a sucesivas revisiones.

Otra cualidad de nuestro poeta merece ser recordada: su afición a los viajes y el gran provecho que sacaba de ellos. Su curiosidad, su observación, su gran cultura histórica, su previo conocimiento de los países, las costumbres, las civilizaciones, su humor equilibrado y acomodaticio, nada propenso a la nostalgia, y su memoria feliz, que conservaba indelebles los reflejos de las cosas, hicieron de él uno de esos ciudadanos del mundo, aptos para sentirlo y comprenderlo todo.

En cartas a los amigos da cuenta con vivacidad encantadora de sus excursiones por España y el extranjero, desde los Apeninos al Canigó, desde Ripoll a Santa Sofía, desde París a Toledo. Escribe para un solo lector, no tacha ni corrige, bien ajeno a la justificada avaricia que ha de conservar sus confidencias, y, sin embargo, compite con distinguidos literatos que se han dedicado especialmente a escribir libros de viajes.

No citaré más que una carta dirigida a Juan Rosselló en 27 de mayo de 1907, muy extensa y abundante en rasgos felicisimos. Las islas griegas, Atenas, el Partenón, la llanura asiática *ubi Troja fuit*, dominada por las crestas del Ida, mirador de los dioses homéricos; las cúpulas de Stambul, reflejándose en el Bósforo; las riberas del Nilo, el Cairo, las Pirámides, y otras muchas maravillas pasan como instantáneas por el relato que escribió a bordo del vapor *Ile de France*, al volver de su peregrinación a Tierra Santa. Es imposible extraer estas hojas, que serían, por cierto, adecuado prólogo del libro *Visions de Palestina*, publicado en 1908.

Este libro fué el precioso fruto del viaje del poeta por el Oriente bíblico. En él optó Miguel Costa por una forma intermedia entre la prosa y el verso, la forma del versículo hebreo que tiene por ley orgánica el paralelismo de conceptos. Parecióle que este ritmo, no acústico, sino ideal, se armonizaba con la simplicidad y monotonía solemne de los parajes divinamente impregnados por los recuerdos del Antiguo y el Nuevo Testamento. Se realizó, sin duda, el deseo del autor: ostentar el sello del cristiano y del sacerdote; pero además ostenta, en el orden literario, el sello de una elevada alcurnia. Su pensamiento encoge un poco las alas, para ceñirse a la norma preconcebida, y no vuela con el ímpetu y libertad de otras veces. Su estilo tiene el sosiego y la cadencia de una respiración acompañada. Le seguimos paso a paso, nos regala el timbre de su voz, y nos admira el caudal de los recuerdos que va evocando en presencia de los Santos Lugares. Pero los momentos más felices son aquellos en que le olvidamos para rendirnos a la emoción religiosa que ha despertado en nosotros.

El verso era la expresión natural de Miguel Costa. Que yo sepa, no escribió prosa literaria más que para satisfacer demandas circunstanciales. No era de los poetas a quienes estorba el predominio de la imaginación, para seguir la trayectoria marcada por la racionalidad, limpia de celajes. Recordemos los discursos pronunciados como presidente de los Juegos Florales de Barcelona, Palma y Gerona; las semblanzas de Picó y de Quadrado, el prólogo a la edición del libro *Arbre de filosofia d'Amor* y otros, de Ramón Lull; la conferencia dedicada a Dante, y la notabilísima que en 1904 leyó en la tribuna del Ateneo Barcelonés, sobre la *forma poética*, síntesis magistral en que expone la esencia y ley orgánica de la versificación a través de los distintos sistemas capitales, y de ahí deduce la perpetuidad de la forma poética y sus condiciones imprescindibles, dilucidando, en suma, como pensador, la doctrina que profesó como poeta.

Visión amplia y certera para enfocar los asuntos y emitir lealmente los juicios, templanza, cordura, lucidez, avaloran sus estudios. En ellos no se permite las fulguraciones y pompas de dicción que tan fáciles serían a su opulencia lírica. En su estilo, de austeridad romana, se dibujan las enérgicas líneas del pensamiento, como en los pliegues de una toga patricia.

Costa fué correspondiente de la Academia Española, de la Academia de la Historia, de la de Buenas Letras de Barcelona, la Arqueológica Tarraconense y otras corporaciones científicas.

En 1909 fué nombrado canónigo de esta Catedral Basílica, por elección pontificia. Con este motivo pasó a residir habitualmente en Palma; y desde entonces su pluma no permaneció tan ociosa como algunos creen. Entre otras producciones menos importantes, consagró a escribir o continuar la traducción, en verso catalán, de los *Himnos*, de Prudencio. Anticipo, desde luego, mi elogio fervoroso, por más que no pueda justificarlo con el examen completo de los textos, que no he tenido a la vista. El autor los iba leyendo en mi casa, y fué grande el asombro de los oyentes al enterarse de una labor tan árdua y abrumadora, que sólo un hombre de los alientos, la abnegación y la virtuosidad de nuestro poeta pudo realizar a conciencia.

Mi admirado amigo se apresuró siempre a darme todas las ediciones de sus libros, excepto uno, el de *Sermons panegíricos*, publicado en Barcelona en 1916. Esto prueba que él no entendía que este libro perteneciese a la jurisdicción literaria. En efecto, cuando un sacerdote ejemplar como Costa ocupa la sagrada cátedra, no persigue lucimiento alguno, sino fines más altos. Ciertamente que la distinción literaria no era cualidad renunciabile, sino inherente a cuanto salía de la pluma o de los labios de Costa. Pero en el concepto esencial, yo no podría aquilatar sus méritos oratorios sin invadir esferas que me están vedadas.

Conocida es la oración que no pudo terminar, capítulo final de una vida en que los resplandores de la virtud y de la inteligencia se confunden. El 16 de octubre último se celebraba en la iglesia de Santa Teresa el centenario de su canonización. Costa subió al púlpito y tomó por tema un versículo del *Cantar de los Cantares*: *Ego dilecto meo, et dilectus meus mihi, qui pascitur inter lilia*, como compendio del espíritu y la vida de la santa. Fluía su palabra sin que la más leve premiosidad denunciase alteración alguna orgánica ni mental; y al referir cómo Teresa, «sintiéndose hondamente conmovida ante una devota imagen de Cristo atado a la columna, cae a sus pies»,... el predicador enmudeció y cayó de improviso en el fondo del púlpito. No se volvió a levantar. Había muerto.

Me guardaré de convertir en tema de comentarios patéticos la inolvidable escena, y leer en el misterio de los designios providenciales la gloriosa ejemplaridad del tránsito inopinado. En la calle me dieron la noticia; tuve que apoyarme en la pared, y sentí helármese la sangre en las venas, y ni entonces ni ahora sabría hacer otra cosa que inclinarme, abatido y en silencio.

Sírvanos de alivio que, cuando se trata de un poeta como Costa, «inmortal» significa más que inolvidable. Abramós sus libros y nos renovarán la sensación de su proximidad. Ellos siguen irradiando el suave calor y la luz de su vida en las horas de plenitud, las horas en que la vida es más digna de este nombre.

Emoción alta y serena, sentido innato de la eurtimia, claridad mediterránea le caracterizan; y, además, una absoluta ausencia de humorismo, porque el humorismo es un fermento amargo que no cabía en el alma del poeta. La íntima pureza, más que la cultura, era el secreto de esa limpidez ética y estética que ya resplandecía en su ensayos de adolescencia. Su vena pudo cristalizar en las estrofas tal como fluía, sin pasar por el filtro que otros necesitamos. Fué el clásico por excelencia, sí, hemos convenido en ello; pero algo queda por decir, algo inefable que todos sienten, incluso los que no recuerdan si ha habido clásicos y románticos en el mundo; algo que sobrevive a las escuelas y clasificaciones: la armonía de todos los elementos, la magia de la ilusión y del ensueño difusa en la transparencia opalina de las estrofas, áureas como el incienso y fuertes como el granito; el fondo de religiosidad trasciende con mayor eficacia cuando el espíritu, al solo impulso de la exaltación poética, se eleva al sentimiento religioso, como el ave que vuela sólo por volar y embriagarse de luz y de espacio, pero volando se remonta, y ya en la altura, lanza el grito de estupor ante el sagrado misterio de las perspectivas infinitas.

JUAN ALCOVER

DESPUES DE UN CENTENARIO

Molière y las mujeres

Se ha ridiculizado en los centenarios, no sin cierta agudeza, la costumbre de recordar al genio a fecha fija. Podría contestarse, sin embargo, que es preferible acordarse una sola vez cada cien años a no acordarse nunca, y que veinte discursos esporádicos tienen más elocuencia que un silencio absoluto. Es el centenario una resurrección en la que el genio—llámese Cervantes, Molière, Shakespeare o Dante.—vuelve a vivir entre nosotros con todo el prestigio definitivo que le dieron los siglos y se actualiza en las épocas sucesivas, dotado de un esplendor y de un relieve que no soñaron siquiera en otorgarle sus contemporáneos. El centenario, basado en el recuerdo (*re-cordare*: volver al corazón), es monumento vivo, palpante, en que admiración, fervor y voluntad se trenzan y confunden, monumento espiritual, si más efímero más bello y más fecundo, en ocasiones, que aquellos otros palpables y perennes ante los cuales el transeunte discurre indiferente y en los que la levita y el sombrero de copa añaden, como decía Wilde, nuevo horror a la muerte.

En los días del año que acaba de terminar, hemos visto pasar por nuestro lado—sin movernos de casa,—las figuras gloriosas de la excelsa Doctora Santa Teresa de Jesús, de San Isidro, de Elcano, el navegante... Sólo en literatura podría formarse todo un calendario espiritual de devociones y recuerdos. En Italia, la fecha

dantesca ha marcado un renacimiento muy notable de las letras italianas y un potente resurgir de la literatura y la oratoria místicas... Pero, aunque guardando las debidas distancias, es preciso convenir en que el centenario más fervoroso de la época ha sido en Francia: el de Molière.

Más popular, más de todos que Flaubert—el mago del estilo,—y aún que el gran Pasteur, cuyo centenario celebra el mundo científico estos días,—Juan Bautista Pocquelin ha dejado oír durante todo el año 1922 su humana carcajada en la atormentada Francia de la post-guerra. Autores y actores, la gran revista literaria, como el modesto periodiquín de la provincia, han festejado en Molière la representación del *bon sens* tradicional francés. Y se han discutido y comentado larga y minuciosamente la vida, la obra, el espíritu y la herencia molierescos. El sillón en que el creador de *Tartuffe*, de *Harpagón* y *Las preciosas* se afeitaba, ha sido elevado a la categoría de reliquia. Y sin embargo...

En el coro que debió ser general, han permanecido mudas más de la mitad de las voces de Francia. Porque ni actrices ni escritoras, ni una sola en fin, entre los muchos miles de mujeres que hoy ocupan un lugar preeminente en la vida intelectual francesa, se ha dignado levantar la voz en recuerdo de Molière. Ni una tan sólo en bien ni en mal. Algo así como la conjura del silencio que, según cuentan las abuelas, se hizo un día a las mujeres que escribían en España.

En su «Manual de historia de la literatura francesa», hizo ya Brunetière la misma observación: Molière no agrada a las mujeres. Las mujeres ven en Molière un enemigo. Yo humildemente creo que las mujeres somos injustas esta vez.

En general, los clásicos no trataron muy bien a las mujeres. La exaltación gloriosa de la mujer es del Romanticismo. Mas, como por todas partes hay diez leguas de mal camino—que dicen en Castilla,—los románticos, en fuerza de ensalzar a la dama de sus pensamientos hasta las mismas nubes, llegaron a convertirla en humo, haciendo de ella un fantoché sublime, más tan fantoché al fin y al cabo como las «marionetas» que Molière tomó de la *Commedia dell'Arte* italiana, y a las que con el poder de su genio y el equilibrio de su *bon sens* infundió vida y sangre, pasiones y flaquezas, virtudes y ridiculeces de mujer de verdad.

Acostumbradas a mirarse en el falso espejo de las heroínas del Romanticismo, es natural que las mujeres no quieran retroceder—que en este caso no lo sería, sino avanzar,—hasta los clásicos. Por ello el Romanticismo cuenta todavía entre las mujeres con sinceras y fervorosas admiraciones. Halagada la mujer por los poetas que durante largo tiempo le han hablado de rodillas,—aunque luego, como ha dicho Anatole France, no le cedieran el asiento en el tranvía,—esquiva a los que, en buenos camaradas, le hablan de igual a igual y frente a frente. Bajar desde las blandas nubes color de rosa en que el Romanticismo la emplazó hasta la dura tierra, le parece demasiado descenso.

Y es lástima. Que la más honda poesía va a ras de esa desdeñada tierra muchas veces, y para hallarla hay que llegar hasta la misma entraña de la vida real. ¿No están, acaso, «nuestras vidas tejidas en el hilo de los sueños»?

«La risa de Molière, ha dicho alguien recientemente, es como una victoria del espíritu humano sobre el dolor de la existencia». De esa risa no se libraron, en cuanto humanos, ni hombres ni mujeres. Mas no todas las figuras femeninas creadas por Molière nos excitan a risa, como las «Preciosas ridículas», por ejemplo, en las que vieron su retrato fiel las afectadas damas de la época, las sutiles «preciosas» del Hotel Rambouillet.

Por el contrario, yo no sé de una figura de mujer más dulce, más sobria, más femenina, que la *Doña Elvira* del *Don Juan*, la primera novia de *Don Juan*, que no es, a su vez, una marioneta. Y eso que es tan sólo una ráfaga en la obra... Ni conozco nada tan delicioso, tan gentil, como la *Celímène*, del *Misántropo*. la coqueta espiritual y refinada *jusqu'au bout de ses ongles roses*.

Y la *Henriette*, de «Las mujeres sabias», que es lección viva de equilibrio, de ternura, de modestia, de *bon sens* en fin (lo que equivale al *seny* de la mujer catalana) y que bien vale por todas las muñecas más o menos sublimes del Romanticismo.

Sólo estas tres figuras de mujer deberían bastar a reconciliar con Molière a las mujeres. Yo creo, no obstante, que lo mejor que Molière nos ha dejado es precisamente esa sátira de «Las mujeres sabias», de virtud efficacísima para inspirarnos santo horror a la pedantería.

MARÍA LUZ MORALES